

Con *El defensor* de Pedro Salinas

Joan Genís García Giménez

Se van a cumplir 50 años de una serie de ensayos que con el denominador común de “defensas” publicó Pedro Salinas desde su destierro¹.

En una advertencia preliminar explica el título genérico, el sentido de esas “defensas”: se trata de “la preocupación por el riesgo en que se ven hoy en día algunas formas tradicionales de la vida del espíritu que (yo) estimo sumamente valiosas”.

Esas preocupaciones las argumenta en cinco defensas: primera, defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar; segunda, defensa de la lectura; tercera, defensa de la minoría literaria; cuarta, defensa implícita de los viejos analfabetos, y quinta, defensa del lenguaje.

Como vemos, están todas plenamente relacionadas, todas son defensas del “mundo” de las letras. De todas ellas nos fijaremos en la cuarta, la “implícita de los viejos analfabetos”.

A pesar de lo sorprendente del título, el ensayo es un ejercicio de concienciación sobre la existencia de un grupo social que es más preocupante que el de los analfabetos puros —de ahí la defensa de los *viejos* (puros, clásicos, *de natura*) analfabetos. Se trata de los *neoanalfabetos*, es decir, personas alfabetizadas, que saben leer y escribir, pero que por diversas actitudes personales pueden considerarse analfabetas.

Este grupo de *analfabetos* puede subdividirse en dos: los totales y los parciales.

Neoanalfabetos totales, serían aquellos que aunque saben leer y escribir porque lo aprendieron en la escuela, se limitan a leer lo estrictamente indispensable: el correo, la guía de teléfonos, algún periódico deportivo...

¹ Pedro Salinas, *Ensayos completos*, vol. II, Taurus, Madrid, 1981.

Suelen ser personas que se consideran prácticas, modernas, dinámicas: personas de acción. Evidentemente para ellos la lectura es algo contrario a la acción. No tienen en cuenta, por ejemplo, que las teorías recogidas en un libro por Marx han desencadenado en la tierra un *vendaval* de acción inconmensurable.

Este tipo de neoanalfabeto suele ser también amante del progreso y de las máquinas, y cuando ha de hacer algún obsequio a los pequeños nunca ofrecerá un libro de los hermanos Grimm o un inocente juguete gratuito, no, los llenará de *mecanos*, juegos de construcciones, de química recreativa: lo conveniente para que el niño en un futuro sea un *técnico*.

El ocio “intelectual” para esos neoanalfabetos oscila entre la radio y el cine. Puede que incluso estén suscritos a un diario o a una revista, pero eso no es problema para ellos, buscarán inmediatamente los gráficos y dibujillos que le alivien del penoso esfuerzo de la lectura. Este neoanalfabeto prefiere la imagen a la lectura, y si, por puro azar, ve en el escaparate de una librería *El banquete* de Platón, esperará confiado la versión cinematográfica.

Neoanalfabetos parciales son los que todavía usan sus dotes de leer, pero de manera reducida. Este grupo lo forman básicamente los llamados “especialistas”. Este tipo de “lector” suele contestar cuando se le requiere una opinión de cultura general (teatro, cine, arte...) lo siguiente: “Mire usted, yo estoy siempre metido en lo *mío*. No tengo tiempo para esas cosas”.

Ese “especialista” puede que sea, incluso, un experto en literatura, pero de un personaje o época determinados, y por tanto “desconoce”, no se “interesa” por nada más.

Este grupo puede formar parte de la más alta *intelectualidad*, puede que sean pintores, poetas, profesionales liberales, cirujanos, abogados... pero todos presentarán la misma constante: solamente leen aquello que tiene que ver con su materia, con su trabajo.

Como un subgrupo de estos neoanalfabetos cabría situar a las “damas lectoras”. A pesar que la tradición occidental ha presentado a la mujer como subsidiaria en cualquier aspecto de alta cultura, desde la Edad Media y el Renacimiento los salones literarios se han *movido* gracias a ellas. Ahora, en cambio, la mayoría de esas damas no tienen tiempo, no disponen de horas en su agenda que les permitan leer y comentar.

Vistos estos casos parece que se trata de un problema generalizado que nos conduce a las siguientes conclusiones.

Primera, es necesario revisar los conceptos *leer, aprender a leer y saber leer*. Esa revisión pondría en evidencia el gran número de analfabetos de ida y vuelta, es decir, seres que tienen una conciencia momentánea de todo lo superior que encubre la letra, pero dada su impotencia para resistirse al atrayente mundo de lo vegetativo, de lo simple, fácil, cómodo, dejan morir en ellos los poderes analógicos de la lectura y pasan de alfabetos temporales a analfabetos en estado de inconsciencia.

La otra consecuencia es la urgencia de acabar con la actitud hipócrita de buena parte de la sociedad que, amparándose en la estadística que dice que analfabetos son los que no saben leer ni escribir, considera un progreso las cifras que reducen los porcentajes del llamado “analfabetismo”, cuando realmente lo que aumenta de manera imparable es el colectivo de neoanalfabetos que son atraídos como por hechizo a los cómodos corrales de la inconsciencia con todos los adelantos materiales modernos a su alcance, condenados a perpetuidad a la segunda y definitiva ignorancia.

* * *

Hasta aquí las palabras de Salinas de las cuales he transcrito textualmente gran parte de su ensayo.

Ahora sería el momento de emplear un recurso típico de la crítica y decir que el texto es de una actualidad absoluta, ¿o no? Quizá la actualización del ensayo sería puramente contextual, es decir cuando habla de los neoanalfabetos que dividen su ocio entre la radio y el cine, ahora cincuenta años después habría que cambiar radio por televisión y cine por ordenador. Pero prescindiendo de esos retoques, la idea básica de Salinas es que hoy en día también se manifiesta una realidad cruel y tan hipócrita como entonces. El neoanalfabetismo es quizá actualmente más atrevido y mucha gente hace gala de tal condición como mérito y distinción social.

Por otro lado la inquietud por leer crece, los festivales de lectura de poemas triunfan (¡sólo hay que escuchar!), las empresas editoriales fabrican autores y premios de éxito... ¿Hemos progresado, pues, en el mundo de la lectura?

Para ser sinceros habría que decir que sí, hemos progresado. No es necesario acudir a cifras, estadísticas o porcentajes; en cincuenta años la aplicación de los planes de estudio que universalizan y alargan la enseñanza, la necesidad de tener acreditaciones y títulos ha multiplicado el número de lectores. Evidentemente muchos de esos lectores pertenecen a lo que Salinas considera neoanalfabetos parciales: los especialistas. Pero en la cosecha general la

producción de "bibliófilos" es positiva. Ante esta situación tal vez sea el momento de responder a las expectativas que formulaba Pedro Salinas y revisar los conceptos de *leer*, *aprender a leer* y *saber leer*.

El acto de *leer* ha cambiado de manera radical en los últimos cincuenta años. El contacto del lector con los nuevos "artefactos" que le dan acceso al mundo de las ideas, los sueños, la pasión, la información... ha supuesto una revolución que parece haber transformado totalmente los signos del tiempo actual.

Esa modificación no es ajena a los procesos de enseñanza y aprendizaje. Como subraya F.J. Hernández en *The bit brother*², "los reformadores pedagógicos de las últimas décadas han repetido la inadecuación entre los contenidos impartidos en la escuela y la vida del alumnado. En la formulación de Freinet: les enseñamos el carro y ellos van en motocicleta. Esta inadecuación es hoy en día más preocupante. La escuela —el sistema educativo vigente— reproduce la relación maestro-discípulo tal como fue codificada en los cenobios de la baja Edad Media. La escuela monástica, aneja a la biblioteca, fue el precedente inmediato de la universidad y ésta dió el modelo de la enseñanza secundaria (antiguamente "facultades menores", "universidades de provincia") y, en definitiva, de la enseñanza primaria e infantil. En estas instituciones, el acto fundamental es la *lectura del libro*: el profesorado, erguido en su catafalco, y el alumnado, sentado en sus pupitres, representando la "lección", es decir, la lectura del "capítulo" —un vestigio del monasterio— del libro. El profesorado (o el Estado según las corrientes conservadoras) establece el "libro de texto" —síntomática redundancia—, el acceso al cual por parte del alumnado siempre es imperfecto (cuando por fin adquiere el libro no dispondrá de bibliografía). La enseñanza es una especie de dispensación del saber por parte de quien establece y *lee* el libro. Freire hablaba acertadamente de la concepción "bancaria" de la educación.

El esquema general anterior es incompatible con la extensión de las nuevas tecnologías. Generalmente, el alumnado podrá disponer en su casa de una maquinaria informática más adelantada que aquella que la escuela pone a su servicio; en muchos casos manifestará más habilidad utilizando los programas que la que tienen asumida sus profesores, y, si accede a las redes, podrá disponer de más y mejor información que la que le puedan aportar sus profesores. Pensemos, por ejemplo, que las Universidades dejan en Internet los

² F.J. Hernández, *The bit brother*, Secretaria de formació i cultura, Comissions Obreres del País Valencià, 1996.

programas de sus materias (en muchos casos, especificados semanalmente), con indicaciones de temas y bibliografía, y que muchas de ellas se apresuran a lanzar en el ciber-espacio los textos fundamentales. Internet es ya la biblioteca universal. Si “navegar” es un ejercicio fácil y los “surfers” disponen de todos los recursos... ¿qué le queda a la escuela?

Cabe advertir que disponer de una enciclopedia total no tiene necesariamente un efecto emancipatorio. Es cierto que Diderot y D’Alembert editaron la “Enciclopedia” que sería símbolo de la Ilustración y animadora de la Revolución Francesa, pero resulta menos conocido que el emperador chino K’ang-hi (1662-1722) encargó poco antes el *Gran Diccionario Imperial* y dos *Enciclopedias* gigantes, una de las cuales tenía 1628 volúmenes, sin que por ello sus súbditos alcanzasen un grado mayor de emancipación.

Como vemos esta nueva manera de “leer” en todos sus ámbitos —no sólo en el literario— ha creado un nuevo tipo de lector, aquel para quien la acumulación de conocimientos, de lecturas, la progresión en un cierto “saber” ya no se presenta de una manera jerárquica, su saber ya no se argumenta en la forma tradicional de la cadena deductiva o inductiva, ahora ese nuevo lector tiene un acceso indiferenciado a las “lecturas” y a los conocimientos.

A pesar de todo, confiamos en que el romántico “gusto por la lectura” ganará adeptos que se deleitarán por la forma tradicional de leer.

Respecto a la manera de *aprender a leer* observamos que también se ha producido un cambio trascendental en los últimos años. De la misma forma que han cambiado las lecturas y sus instrumentos, ha cambiado la relación individual de entrar en contacto con el mundo de la fantasía, los sueños, los mitos, el conocimiento...

Las personas que estamos en los cuarenta somos conscientes de haber conocido —y conocemos— a las últimas generaciones que saben, que rememoran, que recitan romances tradicionales, canciones populares —más allá del folclore— que han recibido por la tradición exclusivamente oral.

Ese mundo de literatura oral ha podido generar un entusiasmo por la lectura, o al menos una especie de veneración y reconocimiento del libro —en sentido positivo y negativo— (cabe recordar, por ejemplo, las hogueras con libros que periódicamente ha organizado nuestra civilización).

Esa es la generación que conoció el incipiente mundo del cine, de la radio, que leyeron novelas de entregas y que vieron el esplendor del mundo de las revistas y *tebeos* cuando no había competencia audiovisual como la actual. Era esa la generación encargada de transmitir el mundo de lecturas y referentes

míticos, de acompañar el aprendizaje de las primeras letras y *cuentos* a sus hijos, de explicárselos, de regalárselos, de incentivar la lectura.

Nuestra generación, en cambio, lo tiene más difícil. La oralidad prácticamente ha desaparecido, casi nadie es capaz de recitar de memoria romances y en pocas ocasiones se explican cuentos de manera personalizada.

Muchas familias han dimitido, o les han hecho dimitir —como en tantos otros campos—, de la relación directa de transmisión lectora y cultural escrita. La guardería, la escuela primaria y secundaria ocupan ese espacio que antaño correspondía a padres, abuelos, tíos y vecindario en general.

Quizá la perspectiva que estoy planteando sea recurrente y superada, la misma estructura familiar no es hoy en día —por suerte— como la de hace cincuenta años; pero si entonces Salinas se preocupaba por la pérdida de unas *formas de vida*, a nosotros sólo nos cabe certificar que ese “aprender a leer” ha cambiado, y mucho. Cuando el ensayo de Salinas haya cumplido cien años volveremos a revisar estos conceptos y seguramente certificaremos otras formas de vida que habrán modificado el aprendizaje pero no la base: leer y aprender a leer.

En referencia a *saber leer*, parece que en ese ámbito hay una progresión clara. Los sistemas de lectura públicos y privados —bibliotecas—, la promoción de autores, ferias de libros, tertulias literarias, visitas y recorridos —turismo literario—, las redes de difusión y venta por correo de libros... hace suponer que el lector actual escoge con mejor criterio sus lecturas y que las sabe descodificar y usar a conciencia.

Este “saber leer” forma parte de la educación vital del individuo que le conducirá a fracasos relativos en un ejercicio de aprendizaje para saber escoger mejor. En general el buen “bibliófilo” será el que busque la transgresión, lo prohibido, el inconformista. Pero sobre todo el que se deje hechizar por todo lo “superior” que Salinas recuerda que “encubre la letra”, por toda la magia del mundo que está por encima de lo vegetativo, de lo simple, fácil y cómodo.

En ocasiones ese “saber” puede convertir al lector a una especie de francotirador, de perseguido por la ley —de la misma manera que hay escritores condenados a muerte por su obra. Saber leer puede suponer, pues, un compromiso, una elección que haya que ocultar a la vista de la sociedad.

Quizá sea éste el tema de otra reflexión: *La lectura, riesgos adicionales, contraindicaciones, posología, precauciones, efectos secundarios, intoxicación y su tratamiento.*